

La Obra Maestra de Ramón López Velarde

Artículo en verso para el centenario

de su nacimiento

Por David Huerta

1

El miedo que les inspiran
los hijos a los padres
debe ser tema serio de reflexión.

Miren a los padres:
pálidos y enfebrecidos,
con las manos metidas
en la pila del agua bautismal
y la mirada extraviada
en el infinito de la carne.

Mientras los padres tiemblan,
los hijos
se hinchan como gallos de pelea
y sus ojos refulgen
sobre las ciudades de la noche.

Padres e hijos se envuelven
con las olas místicas
de un fantasmal Fin de Mundo
con el que se justifican.

Los hijos pedantean
con el dandismo del parricidio.
Los padres se ponen la máscara barbada de Abraham
y piden perdón a los Cuatro Vientos.

Los hijos se destrozan entre ellos
con deleite cainita. Están
seguros de aniquilar a los padres
cuando quieran.

2

No sé si Ramón López Velarde tuvo miedo
de tener hijos. Lo cierto
es que se enorgullecía
del poder negativo
de rehusar la existencia,
según consta por escrito
en el poema en prosa "Obra maestra"

En eso era
igual que Franz Kafka.
No nacieron sus hijos
en Bohemia ni en Zacatecas.

Pero Kafka y López Velarde
son, ellos mismos, sus propios hijos

y nuestros nietos bizarros: en sus obras
sentimos que el Tiempo,
increíblemente,
fluye de futuro a pasado.

3

El tiempo fluye, naturalmente,
de pasado a futuro. Esto
no es tan sencillo,
como puede leerse al inicio
de los Cuatro Cuartetos de T. S. Eliot,
que nació el mismo año que López Velarde.

El tiempo de Kafka y de López Velarde
corre del futuro al pasado
porque ellos inventaron un porvenir posible
y desde allí escribieron
sus textos. Inventaron una tradición
y nos hicieron sus precursores.

Sólo así se explica que *El Castillo*
y *La sangre devota*
sean cada vez más legibles, hasta
que se alcancen a sí mismos dentro de algunos años
y empiecen a envejecer,
como todas las cosas.

4

Ramón quedó deslumbrado
por la blancura,
como Arthur Gordon Pym.

El narciso y la nieve, blancos emblemas,
eran el símbolo de la página,
la pequeña llanura de papel
que desafiaba a Stéphane Mallarmé.

El espíritu de López Velarde
veía el vacío en la blancura de la página.
Esa visión del vacío
era también su rechazo de la paternidad.

La ignorancia y la sabiduría
se concentraron en el espíritu
de López Velarde
con un ardiente vértigo.

De esa concentración
quedaron unas palabras escritas.
Nada más.

Las palabras que escribió López Velarde
están hechas
"de rectitud, de angustia, de intransigencia,
de furor de gozar y de abnegación",
igual que el hijo que no tuvo
y que él mismo consideraba
su verdadera obra maestra. ♦

Ciudad de México, 1988